

dilatan palpitando de alegría i de gloria! Como el guerrero que luchando por una causa santa, vuela por encima de los cañones a arrebatar un jirón de la bandera enemiga, venid a recibir esa cinta gloriosa, que habeis conquistado con vuestros esfuerzos! venid a recibir esa medalla, símbolo del honor i de la gloria! Abrid ese metal, romped el sello que lo cubre, i encontrareis en él un premio digno de vuestras nobles aspiraciones! Sí, en él encontrareis la certidumbre de que habeis complacido a vuestros superiores; en él encontrareis las lágrimas de felicidad i los abrazos que os darán vuestros padres; en él encontrareis la enhorabuena que os da la Patria, porque os juzga dignos de llamarnos sus hijos; en él encontrareis la voz de la Religión sublime a quien tanto debeis i que tanto espera de vosotros. Tomad esos premios-hojas preciosas cojidas en el vergel de la ciencia! ellas aromatizarán vuestra existencia i os dejarán hasta la muerte recuerdos indelebles. Que el color de esas cintas i el brillo de esas medallas no se vean manchados jamás con acciones indignas del que una vez habitó el Seminario! que ellas os recuerden siempre vuestros deberes de patriotas i de católicos!

2001  
Patria i Religión

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SR. RICARDO CARRASQUILLA  
DESPUES DE LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DEL SEMINARIO  
ARQUIDIOCESANO.

En la zona feliz donde sus huellas  
El aterido invierno nunca estampa;  
Bajo un cielo purísimo en que siempre  
Se vé del claro sol la lumbré grata,  
Osténtase, radiante de hermosura,  
Orgullosa i gentil Nueva Granada.  
Por su anchuroso suelo de los Andes  
Tres robustas cadenas se dilatan,  
Cuyas cimas, alzándose a las nubes  
De sempiterna nieve coronadas,  
La fuente son de numerosos rios,  
Que corren a mezclar sus limpias aguas  
Con las aguas del turbio Magdalena  
I del ameno Cauca, que se lanzan  
De un orijen comun, fertilizando  
Los ricos valles que en su curso bañan.

Allí se extienden las inmensas selvas  
Por la planta del hombre nunca holladas,  
Donde nacen i crecen a porfía  
Del olvidado Eden todas las plantas.  
Gruesas ceibas i cedros seculares  
I millones de robles i de palmas  
Alzan i extienden sus tupidas copas,  
I en laberinto eterno las enlazan;  
Sin que nunca del sol el rayo ardiente  
Las pueda penetrar. Entre sus ramas  
Anidan esas aves que se visten  
De rubies, topacios i esmeraldas;  
I esas que el arte remedar no puede  
Cuándo volubles i festivas cantan;  
I las que cuelgan sus vistosos nidos  
En la rama mas débil i encumbrada;  
I las que en rauda i majestuoso vuelo  
A la rejion del trueno se levantan.  
De las selvas al lado, el peregrino

Encuentra las espléndidas sabanas,  
Donde paces innumeros ganados  
Que sin pastores i sin dueños vagan.  
El sol en la mitad de su carrera  
Su ardiente luz desde el cenit derrama;  
I se ve solo la lijera sombra  
Que al abatir su vuelo hace la garza,  
Ola de leve nube que la brisa  
Sobre el azul del cielo desparrana.

En breve un nuevo cuadro se le ofrece:  
A la márjen del rio, i en la falda  
De risueña colina, en blancos copos  
Se alza el humo de rústica cabaña,  
De granados i altísimas palmeras  
I frondosos naranjos circundada.  
Un hombre, blandamente reclinado  
En la movable i perezosa hamaca,  
Respira con placer la fresca brisa,  
Que vuela de azahares perfumada,  
I que al jugar entre el follaje umbrío  
Las aureas pomas con rumor desgaja;  
I oye el ruido del plátano sonante  
I del cañaveral que se dilata  
Por las vegas del rio, cuyas ondas  
El tinte del crepúsculo retratan;  
I ve en la vasta mesa que corona  
La cima de la próxima montaña  
Las mieses que, a la luz del sol poniente,  
I por el manso viento acariciadas,  
Forman un mar de resplandeciente oro  
Que hace tornar la vista deslumbrada.

En esos valles fértiles i ricos  
Bellísimas ciudades se levantan:  
Entre ellas la ciudad que se gloria  
Por ser de Caldas i Mosquera patria:  
I las que entre sus hijos contar pueden  
A Restrepo i a Zea; i la que guarda  
A la sombra de frescos limoneros  
La tumba del intrépido Quezada;  
I cien i cien que a la inmortal Colombia  
Mil héroes dieron que aclamó la fama.

Metrópoli feliz de tantos pueblos  
Es la gran Bogotá; sobre la falda  
De los Andes reclina su cabeza,  
Contemplando risueña la sabana  
Que el maíso Funza en jiros tortuosos  
Con lento paso perezoso baña;  
Orgullosa de ver entre sus hijos  
A Neira, a Caro, a Marroquin, a Vargas,  
A Ricaurte, a Nariño, a la sublime  
Mujer que YACE POR SALVAR LA PATRIA.

Entre el mar de Colon i, el rico en perlas  
Que Vasco Núñez encontró, se alza  
El Istmo renombrado de dos mundos  
Unica puerta, que tenaz separa  
Los dos siempre irritados oceanos,  
Que en vano luchan por mezclar sus aguas.  
Fortísimas naciones a esa tierra  
Dirijen codiciosas su mirada;  
Mas en vano será mientras exista